

VIAJE TURISTICO AL MUNDO DEL CINE PORNO

RAMIRO CRISTOBAL

DETRAS de la cortina roja comienzan los mitos y los ritos. Cuando uno entra en una sala porno recibe, inmediatamente, el solemne, inapelable, ceremonial de una cortesía adquirida con muchas horas de vuelo. Es posible que sea un ritual mugriento y hasta cutre, pero no por eso desmerece, en disciplina y «savoir faire», de las viejas cortes austriacas y española, por poner un ejemplo.

Si en la pantalla ha comenzado la exhibición de redondeces, el turista-espectador caminará con paso comedido, dará la propina en silencio y se sentará en un extremo de la fila: deberá dejar, al menos, dos butacas entre él y su más próximo coterráneo. El espectador del porno es pudoroso y hasta vergonzante; su íntima comunión, su posible incorporación al agitado mundo que contempla sólo puede alcanzarse desde la soledad: como Amiel, como Julián Sorel paladea el amor desde su sombrío aislamiento.

Hay quien opina que los espectadores de sala «S» son incurables enfermos mentales, con profundísimas y recónditas frustraciones. ¡Historias! Quienes llenan de verdad las salas son los parados y los viejos, hoy Tercera Edad. Probablemente sea esta industria la que agradece más el aumento del desempleo, las antaño casi solitarias matinales registran hoy una copiosa audiencia, entre la que se cuentan los trabajadores que han terminado de hacer su espera en las oficinas del desempleo y aprovechan el resto de la mañana para ver algo que no podrían hacer acompañados de su mujer. Las matinales son baratas y la ocasión la pintan calva.

Pero este turismo de aluvión no es el fundamental. Provisos de su carnet de Edad de Oro, los jubilados son la auténtica aristocracia, los verdaderos maestros de ceremonia. Ellos marcan la pauta y dan el tono: si durante la proyección hay algo que decir, también son ellos o su portavoz los que harán el comentario, generalmente entonado, castizo y con cierta sobriedad en la expresión, que no interrumpa secuencias posteriores.

El truco del embutido

Cada país tiene su idiosincrasia para el porno. Yo he visto salas de este tipo, en Holanda y Austria, en las

que reinaba un tenso silencio, sólo roto por la precipitada salida de un espectador hacia los servicios que se encontraban en la propia sala. En España, los espectadores, en cambio, son maliciosos y sosegados. Acostumbrados a «El Molino» si son de Barcelona, o al teatro de Manolita Chen si son de cualquier lado, gustan de intervenir en la acción. Hay, por ejemplo, una película española titulada «Los últimos pecados de la burguesía» en la que se plantea la iniciación al amor libre de un ama de casa, por parte de algo parecido a una «hippie». En un momento dado, aparece un



«Hembra erótica».

CINE PORNO

pescador que invita a ambas mujeres a salir de pesca; el ama de casa duda y los espectadores la animan: «¡Anda, móntate en la barca, que te van a poner buena!», gritan, ya en total complicidad con la hippie. Un poco después el realizador propone el más viejo truco del porno: el del embutido, ambas mujeres van a comprar, se dirigen a una charcutería y señalan los embutidos que cuelgan de sus clavos; el tendero, socarrón, hace como que no entiende y el público, encantado, cae en la trampa: «¡La butifarra!», le dicen y, al fin, el hombre se la entrega a las mujeres que la miran con ojos golosos. Una variante de esto lo vi en un porno francés de hace algunos años titulado «Nathalie», en el que una mujer devora salchichas mientras hace el amor con el dueño de la tienda.

Vaya este ejemplo de freudismo mesetario, de simbolismo erótico de boina y cachava, para dar una idea de las secuencias que se plantean en un porno artesanal. El argumento general suele ser más bien simple: una joven de buenas carnes sale de su casa y toma un taxi: hace el amor con el taxista. Va de compras (generalmente ropa interior, para ir entrando en materia) y acaba haciendo el amor con el hortera (a veces con la dependencia). Vuelve a su casa y, casualmente, mientras se ducha, llama al cartero o el lechero o cualquier menestral en edad de merecer. Mientras juguetea con quien sea, suele hacer una llamada a su marido y decirle que se encuentra haciendo limpieza y está llena de polvo, lo cual causa el correspondiente regodeo en el respetable.

Es este el porno más elemental, el relacionado con la ninfomanía y la fogosidad femenina, el que plantea menos problemas a los realizadores que saben que siempre será bien recibido por un sector del público que, en su vida privada, tiene que estar rogando largo tiempo para conseguir mucho menos de las mujeres.

La dulzura de las tontas

La tonta es, sin duda, el bocado preferido de los guionistas porno. Los italianos aquí hicieron y hacen maravillas, probablemente porque saben la inclinación machista de su clientela. Así, por ejemplo, «Mette il tuo diavolo nel mio inferno» fue un recio «S» que, si bien copiado, en su sentido más general, del cuento del eremita, del «Decamerón», tomaba característi-

cas propias en aquella versión. Era muy celebrada por el público la llegada del presunto ángel en la habitación de la jovencita engañada. Por cierto que el porno italiano suele tener características políticas muy determinadas y hasta cierto punto demagógicas. Punto fijo de estas películas es el senador o el juez de la Democracia Cristiana que lleva una doble vida, participando de aberrantes y refinadas orgías en sus horas de asueto. Tampoco suelen desdeñar el introducir al clero.

Y ya que hablamos del clero, acaban de estrenar un porno alemana con el divertido título de «Klitoris pecata mundi», que tiene como protagonista, precisamente, a un cura. Lejanamente recuerda, al menos inicialmente, al «Don Camilo» de Guareschi, porque el oponente —y sin embargo amigo— del clérigo es el alcalde del pueblo. Para empezar, el alcalde le roba al cura el badajo... de la campana de la iglesia, claro está, y éste se venga descubriéndole en su escapada a Tailandia. Allí pasarán mil y una aventuras el alcalde y el

párroco que participan de masajes y demás placeres para turistas.

En la vertiente opuesta, es decir, en el plano de los intelectuales atraídos por el sexo están las películas protagonizadas por estudiantes. Una de las estrenadas últimamente en España es «La clínica del sexo», una simplona historia de prostitución de cuatro jóvenes universitarios: unas damas burguesas de mediana edad los contratan a tal fin. Las novias de los chicos les salvan y al final acaban todos de vacaciones en la Costa del Sol. Muy cerca están «Estudiantes para el amor», e incluso «Cuatro chicas» (Girls), la última del «padre» de Emmanuelle, Just Jaeckin, que cínicamente ha intentado pasar un porno por una película de problemática adolescente. Al parecer, el público del porno, que ya queda dicho que es muy suyo, le encanta que los estudiantes dejen de lado sus libros y se muestren en actitudes menos soberbias. El que las hijas de buena familia se dejen acariciar por el pueblo espeso y municipal, hace recobrar oscuras esperanzas de igualitarismo.

«Mi erótico Sigfrido».





«La cama mecánica».

La oportuna inspiración

Fuera de estos argumentos elementales, lo cierto es que los guionistas cuentan con la reserva inagotable de la literatura erótica. El «Decamerón» y «Los cuentos de Canterbury» están entre los más saqueados, aunque, desde luego, adaptados a gustos más sencillos. Ultimamente se han impuesto los temas de monjas y conventos, en los que parece subyacer algo de «La religiosa» de Diderot y hasta se ha hecho una pretendida versión de «Las cartas de amor de la monja portuguesa Mariana de Alcoforado». En España se ha rondado al Arcipreste de Hita con muy mal resultado y sin embargo nadie ha descubierto aún el llamado «Decamerón español» de doña María de Zayas y Sotomayor.

Sorprendentemente se hizo algo parecido a «La venus de las pieles», la famosísima novela de Sacher-Masoch, en la que aparecía una juvenil Laura Antonelli. Como recordarán, el argumento de tal obra, origen del masoquismo, se desarrolla en torno de una pareja en la cual la mujer es obligada por su compañero a maltratarle física, moral y socialmente. En la película todo acababa en un desmadre de cadenas y latigazos digno de mejor causa. De pasada, digamos que había un elemento muy señalado en esta película, que no es demasiado frecuente: el voyeurismo. Y éste es también la base de otra película italiana, «María Rosa, la mirona», historia de una camarera y de un mozo de hotel que contemplan a la clientela del mismo, en sus momentos de intimidad erótica, a través de unos agujeros

practicados en la pared con tan loable y educativo fin.

El personaje de Lady Chatterley, según la novela de David Herbert Lawrence, ha sido utilizado hasta la náusea. Hay una nieta de la tal lady a la que se hace repetir la misma historia de su famosa abuela con el guardabosques. Y una «Lady Chatterley en Tokio» que no he visto, pero que resulta inefable sólo el imaginársela.

Por supuesto que el personaje de Casanova ha tenido mil y una reencarnación en la pantalla, aunque en algunos casos —Comencini, Fellini— con dignidad. De vez en cuando se ha tratado de hacer una biografía del marqués de Sade, con regular fortuna.

Quizá la incursión literaria más peculiar del cine porno haya sido «El jardín de los suplicios», basada en la tremenda novela de Octave Mirbeau del mismo título. Inusitadamente, este autor francés del siglo pasado, cuyo «Diario de una camarera» inspiró a Buñuel, tuvo este ensueño horroroso, tal como les pasaba a veces a los últimos naturalistas (Huysmans, Maupassant). En la película, con abundante utilización del maquillaje y el cartón-piedra, se traslada la acción a la China prerrevolucionaria, con lo que acaban dándole una persistente (y confusa) dimensión política.

No es justo dejar de lado la erotización de ciertos personajes, que demuestra un peculiar sentido del humor en quien se le haya ocurrido. Está por ejemplo «El zorro» que, como era de esperar, hace el amor desnudo, con excepción del antifaz, el sombrero y la capa. Este justiciero, eternamente galante con las damas y cercano al asexualamiento, cobra insólita y divertida dimensión de esta guisa.

Tiempo perdido

Poco a poco las historias van tocando a su fin y todo vuelve a su cauce. El senador italiano deja atrás las orgías y se viste su traje oscuro; el ama de casa vuelve a la misma, olvidando los días de sexo libre junto al mar; los estudiantes vuelven a las aulas y «El zorro» cabalga de nuevo, esta vez sobre su caballo. No podía ser menos: el público del porno que es gente seria y hasta un poco conservadora, no permitiría las peligrosas revoluciones. Nada de prolongar la situación indefinidamente: el cura a la parroquia y el alcalde a la alcaldía. Por supuesto que, como caballeros que son, les guardarán el secreto de sus noches de amor, pero el fin debe ser, efectivamente, el final.

Las luces se encienden y el hechizo queda definitivamente roto. Los que se disponen a un segundo pase, en pleno derecho de libérrima sesión continua, sacan un diario deportivo y se aíslan o miran obstinadamente al suelo; parte del ritual es no ver con el ojo derecho lo que hace el izquierdo o, lo que es igual, no enterarse de quien ha compartido con uno el jardín de las delicias. La mayoría, fingiendo desenvoltura se dirige a la salida: detrás de la puerta está ya el mundo normal en el que el parado es un señor que se dirige a la marginación y en el que la Tercera Edad es sólo un eufemismo de burócratas bien intencionados. Ahora habrá que mentir y justificarse, pero la droga ha funcionado durante un agradable lapso de tiempo. Mañana será otro día y quizá todo pueda volver a empezar. ■ R. C.